

# COSQUILLAS



—; Con tanta carne en las caderas no puedo hacerme una silueta moderna!... La cabeza sí me la he hecho; pero el cuerpo, no puedo.

Dib. de *Demetrio*.

30  
CÉNTIMOS

*Demetrio*





---

ALBUM DE BELLEZA LAS ESTRELLAS DEL CINE **Lya de Putti**

---

La famosa actriz alemana contratada recientemente por la Paramount, entretiene sus ocios jugueteando con estos globos que parecen cabezas de Incórdiez. Si yo fuera a su casa y viera así a la Putti... tendrían que aplastarme contra una puerta para que no molestara a la hermosa

actriz. Vuestro,

INCORDIEZ





# COSQUILLAS

REVISTA COMICO  
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL ADMINISTRADORA

DE

PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año I

Madrid, 16 de octubre de 1926

Núm. 3



## «Demetrio», enfermo

Copiamos de *El Liberal* del martes: "Demetrio", el popular dibujante, se encuentra enfermo de gravedad hace más de ocho días. Cuando estaba más afanado en la confección de los primeros números de COSQUILLAS, el semanario satírico de su propiedad—el logro de largos años de esfuerzos y de vigiliass—, una pulmonía, que por fortuna parece va de vencida, le postró en el lecho, alarmando a sus amigos y familiares.

Aunque no fuera de peligro, "Demetrio" ha reaccionado ya, al punto de poder afirmarse que no ha de tardar ni una semana en poder manejar otra vez el lápiz.

Deseamos muy de veras su total restablecimiento."

*Por regla general las mujeres recién casadas se refocilan diariamente con sus maridos. Pero tú no te enojas porque la tuya deje de hacerlo dos o tres días al mes. Esta es la excepción de la regla.*

\*\*\*

*Nunca se te ocurra preguntarle a una gallina por qué tiene pollitos y de dónde le salen. Involuntariamente te contestará con una grosería.*

\*\*\*

*Si eres inocente y no estás enterado de las porquerías que se ejecutan en este baúl, no te reunas con amigos de cejas depiladas y que dicen: "¡Ay, Jesús!", a cada momento. Porque si tienes novia y se entera, cuando estés delante no te dirá nada; pero por detrás se meterá contigo, y los susodichos amigos te lo vendrán contando. Y como tú pondrás en duda el que se pueda meter por detrás, les dirás a los amiguillos que te lo demuestren, y entonces estás perdido.*

\*\*\*

*Cuando te canses de las caricias frénéticas que le tienes que hacer a tu ansiosa mujer diariamente, vete solo por las noches a dar paseos higiénicos y no la ames más que lo imprescindible. Pero no se te vaya a ocurrir decirlo luego, para darle coba, que en tus paseos solitarios la echas de menos. Pues que la eches de menos es precisamente lo que a ella le molestará.*

\*\*\*

*Si tu marido va a Francia por casualidad y tú, aprovechando la baja del franco, pretendes que te traiga tela para un vestido, estudia la manera de hacerle el encargo, porque a lo mejor te expones a que te pregunte: "¿Cuántas varas tomo?", y te vas a ver en un conflicto para contestarle.*

**Este número ha sido revisado por la censura.**

Biblioteca Regional de Madrid



## PELIZCOS

¿Sabes ustedes por qué le gusta a la gente Rosa de Madrid y, sobre todo, el canto al mantón de Manila? ¿No? Pues está clarísimo. Es por la carestía de las subsistencias. Dice así:

"Mantoncito de Manila, rico pañuelo chinés, que se ciñe y se perfila de los hombros a los pies, como si de carne fuera..."

¡Mi madre! ¡Quién lo dijera: un pañuelo de bistés!

\*\*\*

A nadie favorece tanto la moda del pantalón chanchullo como al conde de Romanones.

\*\*\*

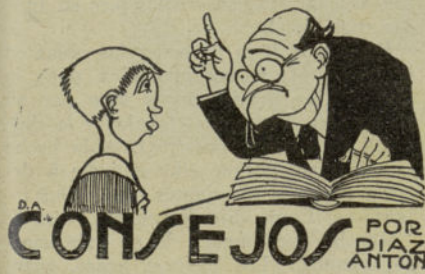
¡Los hay exageraos!

Véase lo que pide, mediante un anuncio, un ciudadano "poco" exigente:

"Caballero, buena edad, buena renta, protegería, haría feliz señorita veinticinco años, simpática, buenas dotes morales, agraciada, bonita boca, educada, mujer de su casa, nada modernista, porte sencillo, completamente libre; viajaría extranjero algún tiempo. Nada profesionales. Sólo contesto carta que dé más detalles, garantías, dándome su domicilio; seriedad, la que no devolveré a su dueño."

Bueno, pues exigen menos condiciones para proclamar una reina de la belleza. A este Rodolfo Valentino de los anuncios por palabras no le ha faltado más que pedir que la señorita sea de Zamora, viva en un entresuelo, se acueste a las diez y desayune con mojama.

¡Y luego hablan del jamón con chorreras!



## CONSEJOS POR DIAZ ANTON

Cuando entre a servir en tu casa una criada guapa, para probar si es asequible o no, vete a tu cuarto y desnúdate de medio cuerpo para abajo. Después de llamas y la ordenas que entre. Si al observarte el desnudo dice ruborosa: "¡Ay, qué vergüenza tan grande!", no tienes que hacer más que despojarte de la ropa que te queda y llevar a la doncella a un lugar blando y apartado. ¡La doméstica será tuya hasta que te dé la gana! Pero si al entrar te mira detenidamente y dice con desprecio: "¡Qué poca vergüenza tiene usted!", lo que debes hacer es volverte a poner los pantalones, irte a la calle y no repetir el truco hasta que crezcas.



Comentarios de un demente

# Elogio de las botas sucias

Son el demonio estos limpiabotas. Yo los creía unos buenos muchachos, incapaces de ninguna iniciativa fuera de las terrazas de los cafés, y hasta me había holgado en más de una ocasión al verles enzarzarse a capones por la posesión de los pies de un paciente parroquiano. En este país de abúlicos, la noble rivalidad de estos chicos me parecía algo extraordinario. He llegado—y lo declaro sin rebozo—a fomentar un pugilato ofreciendo a uno mi zapato del pie diestro y a otro el correspondiente al siniestro, sin dolerme los golpes de la bayeta de abrillantar con que me obsequiaban a porfía, para así acreditarse ante mis ojos. He llegado incluso a pasearme por las calles en que hace calas la Compañía de Teléfonos, en competencia con las Eléctricas y la del Gas,

para ofrecer luego al *limpia* oportunidad de ejecutar una faena de ovación y tirón de oreja. He llegado a convidar a Sánchez Rojas y a Buscarini a enlucir su calzado, al sólo propósito de convencerme de que para un galán de buena muñeca y de buenos cepillos no hay nada imposible en el mundo. He llegado a todo, menos a convencerme, hasta que lo he aprendido ahora, de que el limpiabotas no es, como yo lo suponía, un hombre libre, un industrial autónomo, un gurriato del arroyo, como diría un literato de la generación del 98, sino el miembro de una colectividad disciplinada, un soldado de filas, un número en un Katipunán que tiene una organización formidable y que aspira a la internacionalización del menester.

Una nota del gremio y unas adver-

tencias de la Casa del Pueblo me sacan de mi error. Los limpiabotas españoles, reunidos en brillante asamblea, acaban de elevar sus conclusiones a quien ha menester de tenerlas en cuenta. En primer lugar, los *limpias* se niegan a fregar los pisos, a sacar brillo a los metales y a lavar mostradores ni escaparates de los establecimientos en que prestan sus servicios. A los calzados se atienden, y con sus trabajos extraordinarios—los arriba apuntados—no se pondrán las botas los patronos. En segundo lugar, se acabó eso de estar a disposición del público a toda hora. En tercer lugar—en su lugar, descanso—, los domingos el que quiera llevar los zapatos limpios tendrá que acondicionarlos en su casa o entregarse al deporte de frotárselos, puestos, contra el propio pantalón, pie derecho con pantorrilla izquierda, y viceversa...

Habrà quien se disguste por estas exigencias de los *limpias* y quien trueque contra una sindicación que con tales fueros y arrogancias se nos da a conocer. Pero a mí me parece admirable. Yo estaba un tanto disgustado con esta manía de las gentes de ir siempre con los zapatos como espejos. Habíamos llegado a extremos y confusiones lamentables. Ya nadie sabía quien era nadie. Se hacía punto menos que imposible saber adónde íbamos a parar, porque con el calzado lustroso parecía que ni veníamos ni íbamos a parte alguna. No encontraba yo razón para que considerásemos honroso el traje manchado del pintor y del albañil y las callosas manos del que esgrime el azadón o la garlopa, y digno de censura—¡qué tío guarro!—al que osaba discurrir por las aceras de la Carrera de San Jerónimo a la hora del véspero—la hora de las elegancias urbanas—con los zapatos cubiertos de polvo y de cazcarrias. El que trabaja, anda y corre, y sube y baja, y viene y torna, y sus botas han de patentizar el ajeteo. Sólo los vagos pueden enseñar sin desdoro los pies en fundas caza-alondras.

Iba siendo hora de poner las cosas en su punto. Me parece magnífica, pues, la idea de los limpiabotas y voto por su aceptación. Tengamos el valor y la dignidad de enseñar nuestro calzado hecho una lástima, porque ello equivale a decir a nuestros semejantes que somos laboriosos. Como dijo Echegaray, esto es "Mancha que limpia". Y no vale hacer aspavientos. ¿Los hicimos, acaso, cuando se puso de moda la trinchera? ¿Se puede presumir de persona bien sin llevar esa prenda hecha una birria? ¿No hemos exaltado su *guarrie* en cantos populares? ("Trinchera—es la prenda más cochina—que llevan los pollos-pera.") ¿Pues entonces! Era intolerable que fuéramos presumiendo por el mundo de calzado impoluto cuando es notorio que todo lo hacemos con los pies...

LEOPOLDO BEJARANO.



Una.—Le agradecemos mucho el ofrecimiento de ponernos un piso a cada una y pasarnos mil pesetas, pero es poco. Nuestros viejos nos dan mucho más.

El (molesto).—Pero será en dinero...

Dib. de Moliné.

Biblioteca Regional de Madrid

¡Y si se levanta con ganas, vaya número Almanaque!





UN IMPOSIBLE, por Picó.

—Le he dicho a mi viejo amigo que cuando venga me traiga algo a tono con mi edad, algo que me satisfaga cumplidamente, y me ha dicho que no va a poder complacerme, porque lo que yo necesito no lo venden suelto...





## FERNANDO LUQUE MANIA PERSECUTORIA

MONOS DE... ELLA...

Circulan las damas por esos mundos de los guardias de la porra en una desnudez tan diabólicamente adornada con sutiles telas y andan de un modo tan candongo, como si el undulado del cabello se les transmitiera en rizadas ondas a la espina dorsal, que los pobres peatones modernos, nuestros queridos compañeros en la acera, están dando ya un nutrido contingente a los manicomios de los aledaños.

Señora hay que va dejando a su paso por la calle una estela de locura... ¿Y por qué deja esa estela? Pues porque *no es tela* lo que encubre su cuerpo; es una gasa de seda estampada, tan leve, que maldita sea su estampa.

El incauto transeunte recibe una impresión cerebroespinal de tal fuerza que, o rompe a dar gritos expansivos o se lía a dar billetes de cinco duros hasta que aquella peatona u otra similar cae en sus trémulos brazos.

Los casos de enajenación sexual toman, si no, formas curiosísimas.

Hay uno, el más extendido, que pudiéramos denominar *mania persecutoria*. Es el caso de esos caballeros que se entregan a una desatentada persecución de señoritas, menestralas y de todo bicho femenino viviente y atrayente.

Con el permiso de ustedes, voy a citar aquí a un amigo mío para presentarle como prototipo del caso en cuestión, si bien por su extrema delgadez, más que un prototipo es un protopito.

Se llama Antonio Marco, al revés que el *castigador* de Cleopatra.

Este buen amigo anda por el centro de Madrid con una fisonomía que parece el actor Santacana en *El príncipe idiota*.

Sus ojos se revuelven en sus órbitas como dos huevos fritos agitados por una mano misteriosa y culinaria.

Buscan...

¿Qué buscan estos huevos revueltos? La respuesta llega pronto.

Una mujer, una de estas mujeres a que nos hemos referido, pasa a su lado.

Antonio la contempla con el estupor que producen estas criaturas asombrosas; se detiene, titubea, piensa en que sus negocios requieren su presencia urgente en un punto de dirección opuesta a la que lleva la maravilla humana...; pero, ¿quién resiste el imán de una cinta de seda ceñida a una cadera undulante, a la altura de la *curcusilla*?

Marco echa tras ella...; pero a las veinte zancadas ve pasar por la acera de enfrente otra mujer que lleva los brazos desnudos. Marco, subyugado, cruza la calle y sigue a la nueva beldad. Esta le hace recorrer, a paso de reparador de pan, dos kilómetros de población, hasta que se detiene en una parada del tranvía.

Marco se detiene también, a un tiro de mulas de ella, jadeante, soplando como si tocara en un bombardino ima-

ginario. Y en un momento en que desclava sus ojos de aquellos brazos lechosos y carnosillos, ve unas pantorrillas de tan supina belleza que se queda conculso.

Las pantorrillas son propiedad de una jovencita que acaba de subir a un tranvía de Diego de León.

Marco olvida los brazos lechosos y sube como la espuma al vehículo eléctrico tras aquellas extremidades abdominales no menos eléctricas.

En persecución de la tobillera, va a parar a una de esas calles del extrarradio de nombre absurdo (Federico Rodríguez, Viriato, Doña Catalina Maldonado, etc.), en la que, luego de pasar un sembrado, una fábrica en ruinas, un de-



pósito de baldosas del Ayuntamiento, la vía de un tren, un tejear y un campo de fútbol, se encuentra el paseante una casa nuevecita de ocho pisos con todos los adelantos modernos y todos los *lios* al uso.

El ajetreado Marco ve desaparecer en una de estas casas a la jovencita pantorrilluda, sin haberla dicho siquiera: "Esta boca es mía y está a la disposición de usted, con lengua y todo".

Vuelve al centro de Madrid y vuelve a las andadas.

Media hora después está en la carretera de Extremadura, tras una artesana morena de deliciosa blusa transparente.

Y una hora más tarde está en la calle del Limón siguiendo una castaña caliente que lleva una faldita de seda plisada de un encanto indescriptible.

Hasta que a las diez y media corridas logra tornar a su domicilio, tan fatigado, molido, polvoriento y ardoroso como si viniese de atravesar el Sahara en automóvil oruga.

Pero, lejos de curarse de su manía persecutoria, ésta le crece como mata de alpiste, hasta el extremo de llevarle al acto de paroxismo que voy a relatar a ustedes.

Fué uno de estos días pasados. Pasados por agua, porque fué un día de lluvia.

Los días de lluvia son los días de las aventuras galantes.

Ignoro la causa de esta relación del protóxido de hidrógeno con el amor;

pero el hecho es pluvialmente exacto.

Antonio Marco iba como una bala y como una bola (porque es algo regordete) calle de Alcalá abajo, en seguimiento de una chiquilla "jamón en dulce". De pronto, un amigo se interpuso, echándole los brazos al cuello:

—¡Querido Antoñete!

He aquí otro hecho misterioso: siempre que vamos a los alcances de una mujer que nos interesa, nos encontramos un conocido que nos corta el paso y nos pincha el globo de nuestras ilusiones.

El pobre Marco, haciendo de tripas corazón y de su corazón un higo, hubo de corresponder al saludo de su amigo: deteniéndose para contestarle, sin saber lo que se decía:

—Hola, Federico.

—¿Qué, ya has vuelto de tu veraneo?

—No, todavía estoy en Reinosa.

—¿Cómo?

—No, no le he visto.

—¿Qué no has visto?

—Figúrate qué casualidad.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Muy bien; un poco de pulmonía pero nada más.

—¿Quién?

—Bueno, pues me alegro, chico. Nada, ya sabes... Siempre..., cuando gustes..., muchas gracias..., no hay de qué... Calamares en tinta... Que te alivies... *El Heraldito*... ¡Adiós!

Y, levantando media vara de cuello, reanudó su marcha precipitada.

Vió a su perseguida en la otra acera, ya lejos; trató de cruzar, corriendo alocado, y ¡¡paf!!..., un automóvil que le embiste, le derriba y le lamina el pie derecho, dejándolo torcido.

Pierde el conocimiento, pierde el sombrero, le transportan a una clínica de urgencia y le amputan el pie.

De donde se deduce que, así como hay quien pierde pie y cae, también hay quien cae y pierde pie.

Cuando recobró el sentido se encontró en el lóbrego triángulo de una camilla, conducido por dos hombretones hacia su domicilio, que figuraba en sus documentos.

No le dolía la herida porque aún le duraba el efecto de la anestesia.

Lo que le dolía era haber perdido, entre otras cosas, la *pista* de la jovencuela "jamón en dulce".

Lanzó ese hondo suspiro que se exha-





la en estas circunstancias y que es el adiós a la ilusión difunta.

Luego, curioso de ver por dónde le llevaban, asomó la nariz y un ojo.

Con la nariz no vió nada, pero con el ojo divisó una hembra sobrenatural que caminaba a paso de diosa haciendo triscar bajo su blusa las cervatillas de sus senos.

Fulminado de pasión, sacó la cabeza por bajo la lona de la camilla y gritó a los estupefactos hombretones que le acarreaban:

—Cinco duros por bigote si me llevan ustedes detrás de aquella joven del vestido canela.

Los buenos mozos, con la sonrisa y una colilla en los labios, volvieron posaderas y se lanzaron, camilla en puños, detrás de la indicada joven.

Esta recorrió varias calles, entró en la del Pez, torció por la Cucaracha Baja, pasó a la de Silva, y al llegar a un portal de mortecina luz entró en él y se se detuvo de cara hacia la vía pública.

Era, por lo visto, una mujer tan pública como la vía.

Los hombretones se detuvieron en la acera opuesta y dejaron la camilla en el suelo.

Marco sacó de nuevo su cabeza y chistó a la prestamista de amor, que, inducida por la fuerza de la costumbre, se acercó sonriente y diciendo:

—¿Vienes, moreno lesionao?

Antonio repuso:

—No puedo. Un chófer ha cometido conmigo un atropello.

—¡Mira qué causalidad! También a mí fué un chófer el hombre que me atropelló y me lanzó... al fango.

—¿Cómo te llamas, divina viandante?

—Socorro.

—¿Socorro?

—¡Guardias!

—¿Qué dices?

—Que vienen dos guardias por allí: por Desengaño. ¡Adiós!... Me voy por Luna.

—¡Anda, la osa!... ¡No te vayas, sol mío!... ¡Ven!... ¡Escóndete aquí dentro! ¡Métete conmigo!

—Yo no me meto con nadie. Soy pacífica.

—¡Toma este billete y entra!

Marco se echó mano a la cartera.

—Ah, pero ¿es que aquí se entra con billete? ¡Ni que fueras un fenómeno!...

—Cógelo y pasa a la barraca.

Antonio puso en manos de la hetaira un billete de diez durísimos.

Era de noche...

Lloviznaba, no obstante...

Cuando la pareja de celosos mantenedores del orden pasaba ante la camilla, vió con asombro que por una de sus rendijas asomaba una pierna embolada con algodones, agitándose como en estremecimientos agónicos, al tiempo que una voz hombruna exclamaba bajo la lona:

—¡Socorro!... ¡Que me muero!



Y el asombro de los guardias fué en aumento cuando observaron que los camilleros permanecían impassibles echando un cigarro y conteniendo la risa.

—Pero—les dijeron—, ¿por qué no se llevan ustedes a ese hombre?

—¿Adónde?

—A la Casa de Socorro.

—¿Pa qué?—repuso el más socarrón de ellos—. ¡Si ahí está como en su casa!

FERNANDO LUQUE.



## CRONICAS CAFRES

Contra nuestra voluntad no nos es posible dar comienzo de este número a las crónicas cafres de nuestro culto y admirado colaborador Sr. Karaba.

Así nos lo comunica éste por un correo que llega retrasado a nuestras manos (los correos no llegan nunca a su hora), y así se lo radiocomunicamos a nuestros lectores.

El motivo de este retraso es puramente gastronómico. Nuestro cafre amigo tenía sentado en la boca del estómago a un molesto reyezuelo vecino, y hace días, después de confeccionárselo en una rica paella, con motivo de su fiesta onomástica, hizo colación con él, sin conseguir que le pasase más allá del órgano, en donde en vida y sin guisar lo tenía parado.

Suponemos que el "incidente" será pasajero (pasajero poco molesto en el tubo digestivo del compañero Karaba), y que la próxima semana nuestro colaborador se encontrará con la vía expedita para enviarnos su primera crónica, en la que incluso nos pueda relatar las incidencias del sabroso sí que regio menú, que le ha tenido el estómago convertido en una silla del quiosco de Rosales en noche de banda.

## Filosofía barata

Cuando una mujer reprocha a un hombre su abandono con la manida frase de: "¡Y decías que me amabas!", hay que fijarse muy bien cómo la pronuncia, por si resulta una acusación encubierta.

\*\*\*

Las mujeres ansiosas suelen exclamar con frecuencia: ¡Qué cortita es la dicha!, aplicando la frase a cosas que se distinguen con otros adjetivos.



El de la izquierda.—Ya confiaba yo en llevarme el premio por la escritura...  
El de la derecha.—¡Anda! Y yo por los trabajos manuales.



# Cartas abiertas

Señor Incórdiez,

Muy dilecto y selecto amigo: Nada, que me decido definitivamente por el género epistolar. Dedicaré esta sección a despachar mi correspondencia. Ya verá usted, querido Incórdiez, con qué gentes me carteo yo: sabios, artistas, políticos, banqueros, bellas actrices, damas del gran mundo, glorias nacionales y extranjeras... En fin, ya verá usted.

Y, claro está, que la primera carta de esta sección he querido que fuese dirigida a usted, aunque ya sea la tercera que le dirijo desde estas columnas. Sí, entrañable Incórdiez: aquí tengo sobre mi mesa para contestar cartas de Ramón y Cajal, de la Chelito, de Mussolini, de Belmonte, de Doña Blanca de los Ríos, de Madama Pimentón, de Salaverría... Y, sin embargo, le escribo a usted antes que a nadie; creo que es una prueba más y bien elocuente de la gran admiración que le profeso (y no crea por esta coba que el objeto de la presente misiva es pedirle que me aumente mis honorarios, no, de ninguna manera; de eso ya trataremos de palabra; nunca he sido partidario de pedir dinero por carta).

Ya verá usted, mi querido y opulento amigo, cómo con mis cartas abiertas voy a machacar a más de cuatro de esos novelistas mundanos —un mundanismo de café con gotas— que presumen de cartearse con bellas y elegantes damas, y sólo les escribe una antigua patrona, a la que dejaron a deber ocho meses de hospedaje.

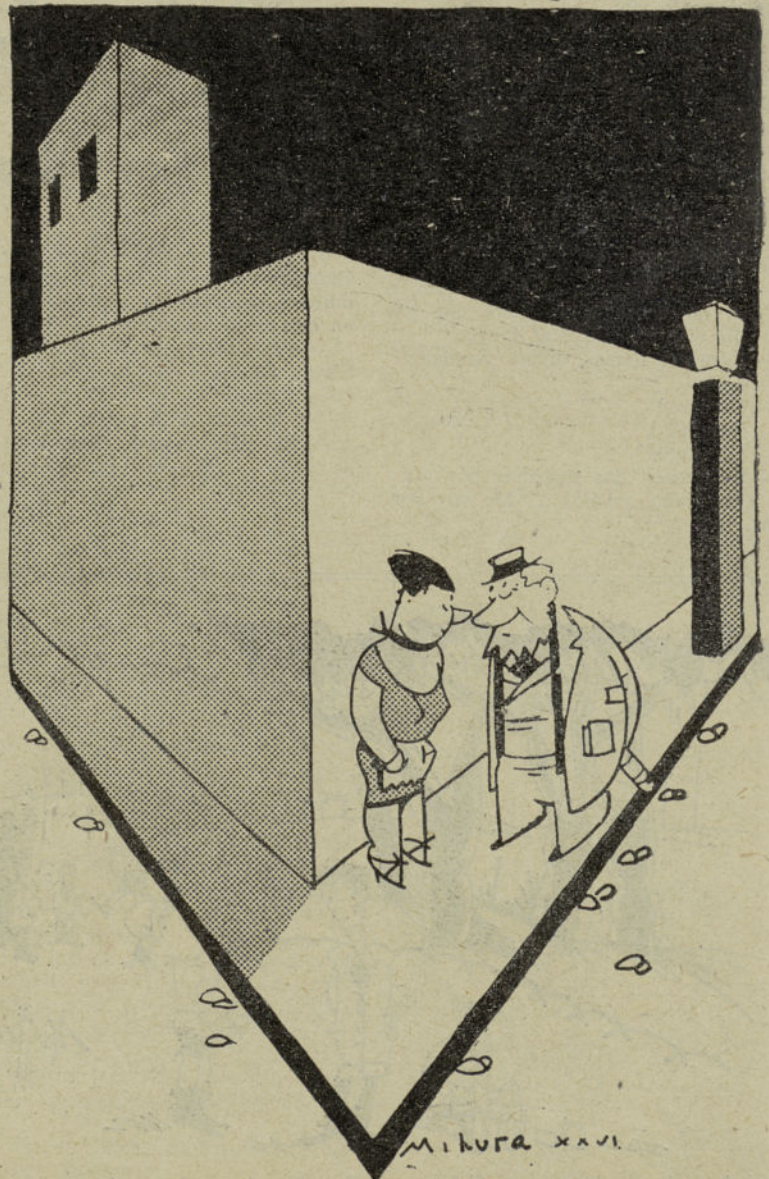
Y es que hay por ahí novelistas que, porque los leen en dos o tres porterías y junto a algunos fogones —mientras se enciende la lumbre—, se creen ya que son el capricho de las damas.

Y vamos a otra cosa: Tengo una fotografía de la Preciosilla hecha a la vuelta de su primer viaje a la Habana, que le ofrezco a usted para su galería de bellezas; pero me la tendrá que pagar muy bien,

pues tiene un gran valor por ser el primer daguerrotipo que se hizo en España.

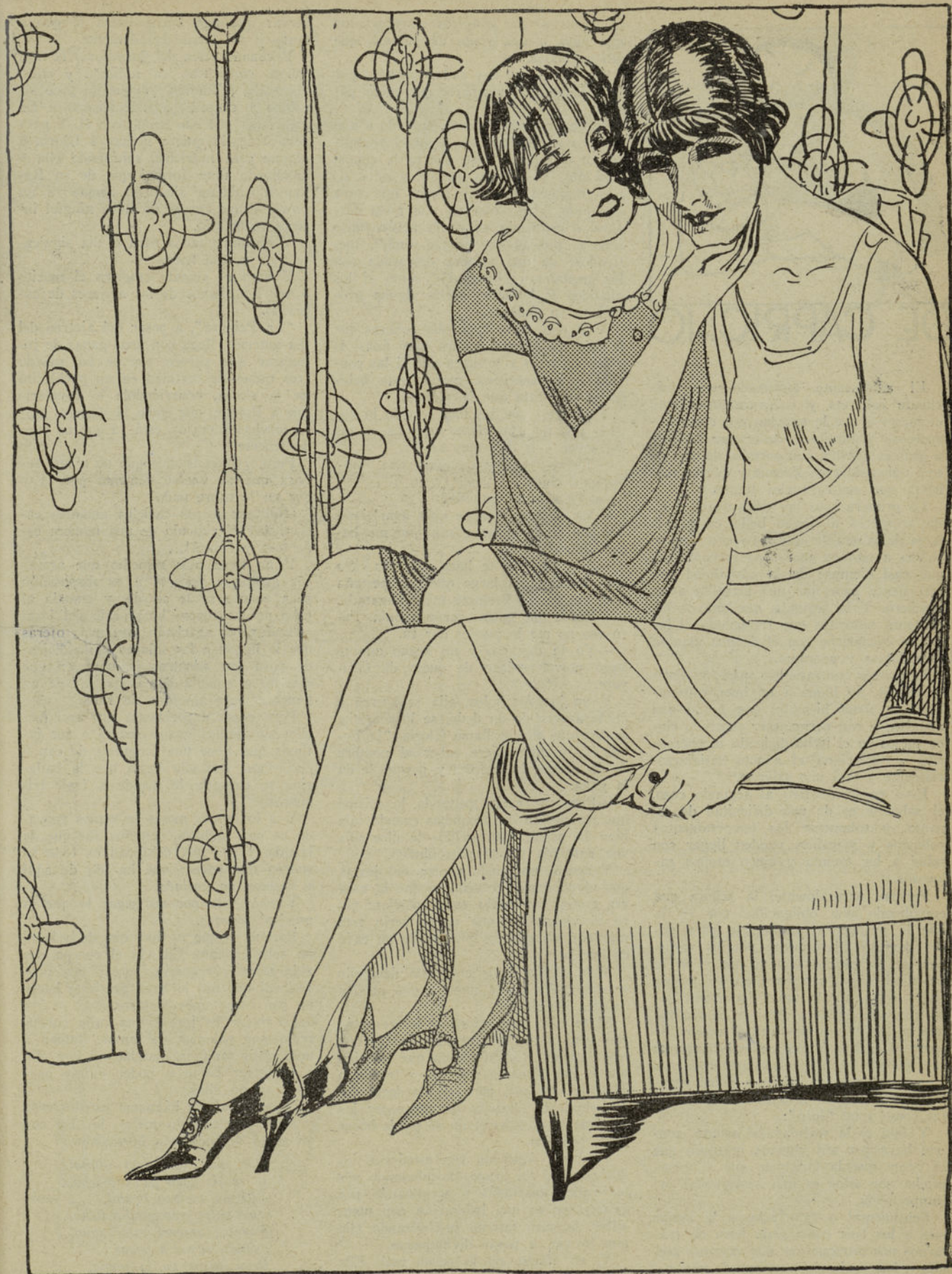
Me han dicho que Ricardo Marín me ha presentado una querrela por injurias. Si llegamos al jui-

¡Y si se levanta con ganas vaya número Almanaque!



—Pero hija mía, por Dios; ¿no te aburres de llevar esta vida? ¿Es que no te cansas?  
Biblioteca Regional de Madrid, pre esto nos echadas. Dib. de Mihura.

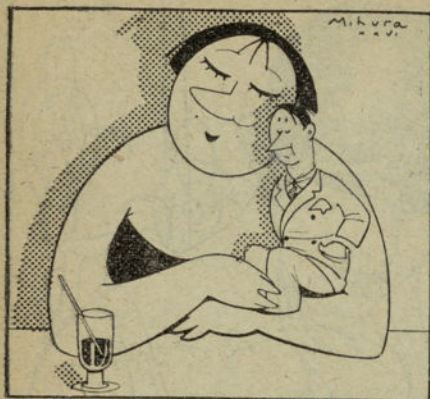




—Pero, ¿qué pasaba entre Arturito y tú para que se incomodase tanto tu padre?  
 —Te juro que no pasaba lo más mínimo.  
 —¿Tan juntos estabais?

Dib. de Menandro.





## DE CAPRICHOS

El adolescente agraciado que frecuente cabarets y cafés-cantantes está expuesto a que le sucedan dos cosas horribles y terribles, cosas que les voy a decir a ustedes, con permiso de una tía mía que habita en Zarauz y que es más beata que cuatro reales juntos.

La primera cosa horrenda que le puede acontecer al joven bello es que le haga daño una de esas porquerías que le sirven a uno en una copa empañada y que casi siempre da la casualidad que nos sienta peor que una mantilla a un bombero. Y la segunda, que una de las cuarenta señoritas que frecuentan el local se encapriche con él de una manera escandalosa y azorante.

El primer contratiempo, pase, y cierre la puerta. Se llama a un buen especialista, se toma bismuto, que es lo que mandan, y con permanecer cuatro o cinco meses en el lecho diciendo incoherencias se soluciona el asunto satisfactoriamente y está uno salvado.

Pero en lo relativo al segundo caso, el salvarse es de una dificultad de espanto, y solamente los temperamentos robustos y vizcaínos pueden llegar con salud a los treinta y cinco otoños calurosos.

Porque, naturalmente, la señora que cumpliendo una obligación, que es la que le produce el numerario para poder deglutir diariamente potajes variados, se encapricha con un tío y no le cobra el gasto que hace en su propio físico, es porque la susodicha señora tiene una calefacción central en su cuerpo, que la del Palace-Hotel es el brasero de unos albañiles. Y no eniendo bastante con los que le abonan por gustar de sus encantos, busca un infeliz a quien regalarlos a cambio de tenerle a sus plantas como a un "lulú".

Y ésta es la realidad del asunto, aunque haya por ahí algunos ingenuos que se creen que la tanguista que se encapricha con ellos es una sentimental incomprendida.

Sentimental o calorífera, a la mujer que a los tres cuartos de hora de tratarnos nos propone que nos vayamos con ella a hacer ejercicio encima de una cosa blanda, la debemos atizar una guantada en un ojo y decirla que los caprichos para las embarazadas, y que si tie-

ne ganas de dar suspiros entrecortados que vaya a una visita de pésame, que allí no choca.

Porque es que hay cada tanguista por esos locales de regocijo, que mete pánico.

Llega un joven no mal parecido a uno de esos establecimientos, deja el bolsalino en el guardarropa, agarra la chapa; cosa muy bien hecha, porque a estos sitios también suele ir algún que otro mariposa, y se sitúa en una mesa cercana al escenario, en donde actúan unas señoras gordas que cantan cuplés, metiéndose de una manera descarada con los pantalones chanchullo, como si los aludidos le hubiesen hecho alguna grosería a su padre.

Y al poco rato llegan dos señoras que le dan las buenas noches muy finas, le piden cigarros y le dicen que si las convida a un aperitivo, porque esta bebida es una cosa que las deleita.

Y después que las han servido lo rogado una de ellas clava sus ojos en los del joven y le dice muy seria:

—Tienes unas pestañas que embriagan, chico.

—¿Te solazan, prenda?

—Me vuelven loca na más, avaricioso. Ya podías dármelas a mí, que me hacen falta.

—A ti lo que te hace falta es otra cosa mucho más larga que una pestaña y de un grosor bastante más exagerado.

—Puede que tengas razón, monín. Pero eso no me lo puedes dar tú.

—Yo te doy eso y un bocao que te hago polvo, pedazo de queso de Gruyère.

Y ya los dos solos, ella se acerca a él, le agarra de un dedo, se lo acaricia, le dice que ella se llama Gloria, "la Pelanas", y que quiere saber el nombre de él, porque le interesa y porque le da la gana.

—Pues me estás gustando lo mismo que me gustan las croquetas cuando sale bien la pasta, Ramoncillo—le dice una vez enterada de su patronímico.

Y acerca un muslo a otro del joven, que al principio, creyéndose que la cosa era guasa, contestaba con chulerías; pero al vislumbrar que va en serio está más corrido que los visillos de un café de barrio.

Y la escena de la conquista del pollo se desarrolla de la manera que pueden ustedes imaginarse.

El termina haciéndose el interesante; ella le piropea y le acaricia y le dice que está jamón; Ramón objeta que también ella es un alimento carnoso, y terminan dándose una cita para el atardecer del día siguiente, después de reconocer los dos que en el cabaret no se puede hacer nada práctico.

Y al día siguiente ven ustedes a los dos cogidos del brazo, deambulando por las calles apartadas y terminando por guarecerse en una habitación con utensilios de aseo íntimo, profetizando ella que lo van a pasar divinamente.

Y, en efecto, no lo pasan mal. Ella demuestra hacia él un cariño de folletón italiano y le hace conocer delicias sin límites durante tres horas largas, volviéndose él loco de satisfacción al ob-

servar que una buena dama le quiere tanto y tan desinteresadamente.

Y cuando salen del dormitorio la tanguista caprichosa va radiante y entusiasmada, y Ramón, aunque un poco incoloro y cansado, agradecidísimo a las atenciones que han tenido con él. Y para demostrárselo quiere invitar a Gloria a alguna cosa nutritiva, rehusando ella y añadiendo muy formal que de su Ramoncillo de su alma no acepta ni un piruli, y que con él no lleva ningún interés monetario.

Y quedan citados para el día siguiente a la misma hora.

Y aquí es cuando empieza el mocito a ver los efectos de las mujeres de capricho.

"La Pelanas", a pesar del ajeteo del día anterior, llega con unas ganas de jugetear que parece que se ha pasado tres meses de castidad en un pueblecito de la sierra, ocurriéndole lo contrario que a Ramón, que como la víspera gastó muchas energías está ya que no puede tenerse.

Pero, ¿cómo le dice que no a una señora que se vuelve demente por él y que no le cobra nada?

¡Rehusar a sus caricias amantes sería hacer el ridículo de una manera espantosa y brutal!...

Y no tiene más remedio que acatar sus gustos y ponerse a su disposición para cuanto se le antoje, y cuando al cabo de las cuatro horas sale del local acogedor, va agachado, con unas que le llegan a las solapas y maldiciendo para sus adentros la hora en que conoció a aquella dama, que es de un temperamento amoroso de furor.

Pero como experimenta una satisfacción sin límites cuando narra a sus íntimos que tiene una tanguista de capricho, sigue con ella hasta que la bailarina se canse y le mande a freír triángulos.

Y a los pocos meses le vemos apoyado en una cachava, con una faz que da lástima y con una debilidad en todo su cuerpo que parece que ha ido de aquí a Cuenca en patinée.

Y todo esto por no pagar lo que es preciso, señores.

Porque es que no hay que dudarlo ni un solo instante. Cuando el cuerpo no pide solaz y regocijo, buscar una profesional que nos lo haga gratis es hacer un pan como unos tortazos.

Lo mejor es irse a una calle concurrida por palomas del amor, llamar a una, pedir tarifa y marcharnos con ella a cualquier parte y poder exigir nosotros, y no ellas.

De manera que háganme ustedes caso y sigan este consejo que yo les doy con un gusto de bacalao a la vizcaína:

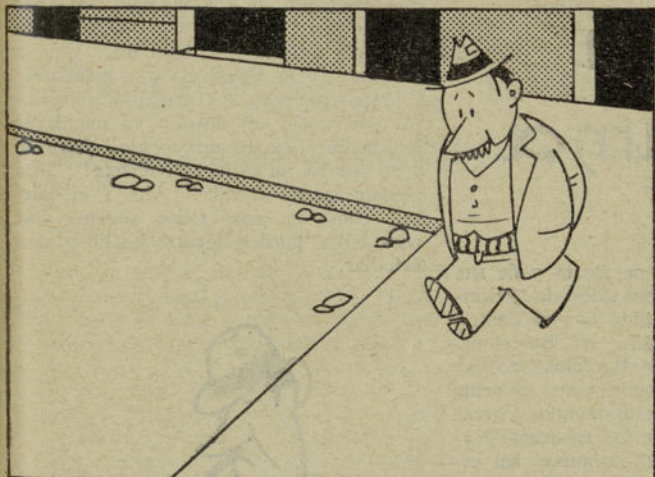
*Si una tanguista otoñal  
se te da bien de capricho,  
dale un tortazo brutal,  
como antes creo que he dicho.  
Pues si quieres estar sano,  
cuando vayas a gozar  
lleva duros en la mano,  
que lo mejor es pagar.*

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)



# EL NEGOCIO, por Mihura



1: Mateo Cado la Nariz era un desgraciado. Desde hacía tiempo no ganaba ni un real. ¡Con las ganas que tenía el fulano de reunir alguna calderilla para poder atizarse uno de rancio!...



2: Además, su mujer le engañaba con dos o tres hombretones en su mismo domicilio. Pero eso para él era un detalle sin importancia. Mateo lo que anhelaba era ganar algún dinero para poder soplar a conciencia.



3: ¡Ah! ¡Si a él se le ocurriese algún negocijo para poder disponer de algunas pesetas!... ¡Pero cómo iba a emprenderlo si no tenía ni para pesarse!...



4: Si siquiera contase con algo para poder empezar algún asunto, él se volvería loco de felicidad y daría las gracias al Altísimo.



5: Hasta que de pronto, al observar un detalle, una idea feliz pasó por su mente, y creyó enloquecer de alegría...



6: Y a los pocos días empezaba un negocio, en el que no se emborrachaba por su gusto, ni mucho menos; tenía que soplar a la fuerza.





# Barcelona En Pyjama.

No, no. Decididamente no existe una vida galante en Barcelona. Ahora, menos que nunca. ¿Por qué ahora menos que nunca? ¡Vaya usted a saber!

*Excelsior* y *Villa Rosa* son la Medina y la Meca de nuestras peripatéticas. *Excelsior*, cuando lo frecuentaban el escultor Casanovas y el proteico Junoy (J. M.), tuvo su Aspasia en Amelia Meyer, que leía a Renan, blasfemaba como un arriero—como un arriero aficionado a la blasfemia—y nos hablaba de sus amores con Eduardo VII de Inglaterra. Verdaderamente, la amiga de un rey—y de un rey que fué el primer *gentleman* de su país de *gentlemen*—le da mucho postín a un cabaret.

Pero Amelia Meyer está en Madrid —la saludamos la otra noche en las cacumbas de *Ciro's*—y no se acuerda de sus bacanales en el Ateneo, de sus peloterías con Conchita la Malagueña. Conchita la Malagueña—esto merece contarse—le pidió una novela a nuestro amigo *Cyrano*, conocido también por *Ovidio Nasón*, y éste la mandó *Carmencita o La buena cocinera*. Y la pobre chica—la pobre chica que había en ella, a pesar

de sus capas de piel de marta y de sus baños perfumados con sales de Atkinson—se quedó encantada con el libro.

No hay vida galante en Barcelona. ¿Por qué? Porque en Barcelona no hay galantería. La galantería, como el reino de Dios, no es de este mundo. Parece que en las paredes de los cabarets—*Excelsior*, *Maxim's*, etc.—alguien ha escrito:

QUEDA TERMINANTEMENTE PROHIBIDO  
DIVERTIRSE

Se va al cabaret con la misma tristeza resignada que a la oficina. Ya las chicas, con un buen sentido admirable—el último cartucho del buen sentido—le llaman al cabaret *la oficina*, porque, así que lleguen, tienen que firmar como en una oficina. Algunas firman con una cruz.

La música del cabaret—el bandorreón, el banjo, el fiscornio de pistones, el saxofón—se ha convertido en una música litúrgica. Así se explica que los pollos y las tanguistas—éstos con sus pantalones que parecen faldas y ellas con un desagradable aspecto de “imitador de estrellas”—se están quietecitos y respetuosos como en misa.

Hoy el cabaret es un lugar de recogimiento y meditación que encantaría a San Bruno. Todas las virtudes brillan en él: la honestidad, la economía, la continencia. La honestidad, porque todas esas chicas del cabaret viven con su mamá, viuda de un señor respetabilísimo, y para conocerlas—*conocerlas* en el sentido clásico—hay que tener con ellas relaciones de las más formales y gastarse cuatrocientas o quinientas pesetas en café con leche y *sandwiches* de filete. Porque lo del champán y la cocaína es un cuento del celeste imperio que se han inventado los novelistas perversos—¡ay, sí!—para deleite de comadronas y porteras románticas. La tanguista de cabaret lleva una vida más tranquila, reposada y honesta que muchas señoras casadas frecuentadoras del Ritz. Así se ponen ellas de gordas y sanotas, que parecen amas de cría. Y es que la mala vida les prueba y es para ellas la buena vida.

Otra de las virtudes que, huyendo del mundanal ruido, ha buscado refugio en el cabaret, es la economía. Cuando la guerra permitió a nuestros amados comerciantes excederse en el atraco, sí se gastaba dinero en el cabaret. Hoy, no. Hoy no hay miedo a que los maridos se arruinen ni que se entrapen con usureros los hijos de familia. No; los usureros, como las oscuras galandinas,

emigraron a países de más luz, porque aquí ni Cristo tiene dos pesetas.

Hoy los pollos van al cabaret con el consentimiento de sus mamás, que suelen decirles:

—Vete a *Excelsior*, hijo mío. Vete a *Maxim's* (y es lo mismo que mandarles a la porra), pero sé formalito y juicioso. Ahí tienes un duro y ya me darás la vuelta. Tómate un *cocktail* baratito y no pierdas un baile. ¡Diviértete! ¡Goza plenamente de la vida! ¡Ah! Y si quieres, como en esos sitios siempre hay poca bulla, puedes llevarte un libro para estudiar.



Y el pollo, con la cabeza brillante como un zapato; rígido dentro de sus enormes pantalones—una enormidad innecesaria—coge el duro y dice:

—Bien, mamá.

Y se dirige al cabaret.

Al pollo ése le llaman aquí “la lámpara Z”. ¿Saben ustedes por qué? ¡Sí, hombre! ¡Porque brilla mucho y gasta poco!

LUIS CAPDEVILA.

(Ilustraciones de Mihura.)

¡Empieza a renacer mi alegría!  
Demetrio ha entrado en convalecencia. Y yo voy a entrar en la primera tasca que halle.

Vuestro hasta cochifrito,

Incórdiez.





Cuentos al oído

# Noche nupcial

Pilar Hinojosa se iba a casar. Si no hubiese tenido un ojo bizco, un lunar como un matorral en la mejilla derecha, la nariz torcida, la boca en perpetuo respingo, un bozo bien poblado y las orejas como dos sopillos—aunque alguien dijera que lo que tenía eran unos sopillos como dos orejas—hubiese podido afirmar yo ahora que se iba a casar una real moza. La verdad, sin embargo, me fuerza a decir que iba a contraer matrimonio una calcomanía. Bastante lo siento; pero, al fin y al cabo, no he de ser yo más papista que el Papa, deplorándolo como no lo deploraba el mismo novio. Este, llamado Antolín, acudía al himeneo con la mejor voluntad del mundo. ¿Por qué? En primer lugar, porque Antolín era muy miope, tan miope que, en no teniendo a su mujer al alcance de su larga nariz, le daba igual casarse con Pilar Hinojosa o con la Venus de Milo. Para aquel cegarra, como para el filósofo Schelling, todo era uno y lo mismo. En segundo lugar—o quizá a la par del primero—, porque Pilar Hinojosa poseía una aceptable fortuna. Antolín, pues, cuando lograba vislumbrar a su prometida, la consideraba como revestida de billetes de mil pesetas, ropaje merced al cual más de una fea consiguió en el mundo patente de belleza. “Poderoso caballero es don Di-

nero”, según nos dijo otro miope: Quedo. Y mayores milagros que éste hace a diario en la tierra.

La víspera de la boda, doña Cristeta, la madrina—una señora harto amiga de Dios, después de haberlo sido del diablo—, llevóse a la novia a la soledad de la alcoba, preparada ya para el sacrificio, y allí empezó a ilustrarla acerca de sus deberes para con su esposo. Aquello fué algo así como una glosa de lo de “La corte de Faraón”:

*Al marido, después de la boda,  
nada, nada le puedes negar,  
pues, con él, en la casa entra toda,  
pero toda la autoridad...*

Doña Cristeta se lo dijo en prosa y sin música, rodeando además su explicación de un misterio sibilino, expresándose con circunloquios infinitos y dejando a la cuitada casi a oscuras de lo que más necesitaba saber. De vez en cuando guiñaba picarescamente sus ojos, entreabría su bocaza desdentada y daba a Pilar un golpecito en la mejilla, alborotándole el lunar afelpado.

—Tú ya me comprendes, picaronaza—exclamaba—. A buen entendedor, pocas palabras...

La novia, a pesar de todo, continuaba en ayunas. Su instinto, es verdad, presentía algo extraordinariamente delectable y entonces una lucecita lúbrica fulguraba en su ojo derecho, mientras que el izquierdo—el bizco—se agitaba como acometido de un ansia irreprimitible de fuga. A esto, sin embargo, se reducía todo. Así, pues, asaetaba a su mentora con nuevas preguntas para saber a qué atenerse. ¡Ansia pura de ciencia!

—¡Vaya, vaya, hija mía!—seguía la madrina—. Tú deseas que te regalen los oídos... Ya supondrás que cuando mañana por la noche, estés casada, Antolín querrá de ti algo más que un apretón de manos, un abrazo o un beso... Has de complacerlo en todo... No será ése el momento de los remilgos, ni el del pudorcillo, sino el de...

Doña Cristeta se callaba. Ingurgitaba saliva y se quedaba riendo lentamente, desmigajada toda en dulces añoranzas.

—¿El momento de qué?—insistía Pilar anhelante.

La madrina, un tanto escamada ante tamaña ingenuidad pensó si la novia la fingiría para burlarse de ella; pero recordó lo corta de alcances que había sido siempre la infeliz y desechó esta suposición. Sin embargo, no queriendo



Santalla

—¡Qué barbaridad! ¡Si parece de otro!  
Dib. de Santalla.

prolongar más aquella charla, concluyó por cortar por lo sano, cuando Pilar tornó a repetirle:

—¿Decía usted, doña Cristeta, que era el momento...?

—El momento, hija mía, de... Mira, Pilar, ¿tú no viste alguna vez a los perros en la calle?...

—Sí: los vi...—contestó la novia enardecida.

—Pues eso mismo, muchacha, eso mismo... Las personas somos como las bestias en todo menos en lo de tener alma. Y, en ocasiones, ¡ay!, somos más bestias que las mismas bestias...

Un nuevo recuerdo relampagueó en su devastada faz amarilla. Despidióse y desapareció entre el revuelo de su manto de viuda y el tintineo de sus medallas y rosarios. La novia quedose pensativa, soñadora, fijo su ojo derecho en el suelo y clavado obstinadamente el izquierdo en un rincón.



Soler

—¿Qué te ha dicho Enrique?  
—Que lo del periodista hay que cortarlo de raíz.  
—¡Qué barbaridad! ¡Pobre muchacho!  
Dib. de Soler.



Hay un núcleo de trabajadores que se resisten obstinadamente a ingresar en el partido socialista: los carteros.

Y su negativa obedece a lo muchísimo que les molesta la hora del reparto.

(¡Ascuas!)



Celebróse la boda a la tarde siguiente. Milagro fué que alguno de los concurrentes no muriera de risa. Llevaba Antolín una levita con unos faldones que le brincaban desafortadamente sobre las nalgas y un sombrero de copa tan pequeño que, una vez que quiso cubrirse con él, se le quedó oscilando en la coronilla. Pilar, vestida de blanco, estaba como para ponerla verde. Los pelos del lunar se le erizaban de satisfacción y el ojo bizco, loco de júbilo, daba inverosímiles saltos acrobáticos en su cuenca. Sólo hubo un incidente. Cuando se acercaba el instante del dulce "sí" Antolín dejó caer un guante. Agachóse para cogerlo y, al enderezarse, confundió a su novia con el sacristán, al que cogió de la mano, mientras repetía ahincadamente:

—¡Sí quiero!... ¡Sí quiero!...

Los recién casados viéronse, al fin, solitos en su alcoba. ¡La noche de novios!... Pilar sentóse esperando los acontecimientos. Movía los pies nerviosamente y se retorció las manos sin saber qué hacer con ellas. Ya hemos advertido que era medio boba. la pobre. Antolín, in-

consciente como un recental, paseó por la estancia unos momentos. De pronto detúvose frente a Pilar, corrió hacia ella y le dió un abrazo que casi la sofocó. Tornó luego a sus paseos. A la mitad de uno de ellos, cogió otra vez a su mujercita entre sus brazos, la alzó en vilo y la estrelló tres besos sonoros contra la boca. Disponíase a dejarla de nuevo no sabemos dónde—¡el malpocado tampoco debía saberlo!—cuando Pilar se le agarró...—pongamos que se le agarró al cuello—y comenzó a suspirar llena de dulce quejumbre. Antolín con la bravura que le daba su miopía, llevóla hasta el lecho y dejóla caer en él. Ya los lazos desaparecían, los nudos se rompían, los broches saltaban, los encajes se abrían bajo sus manos frenéticas... Ella, entonces, recordó las advertencias de su madrina y, colgándose de él como una capa de una percha, le dijo desfallecien-

—¡Antolín, rico mío, vida!... Haz de mí lo que quieras, pero... ¡no me arrastres por los pasillos!...

JOSÉ A. LUENGO



Ella.—Observo que no es usted de esos que tienen las manos largas.

El.—Se equivoca usted, señorita; pero... es que me pegan casi todas si toco.

Ella.—Tocará usted mal.

Dib. de Herreros.

## En la duda...

Me atrae una soltera de tal modo que estoy loco del todo por su linda figura sandunguera, mas confieso que no encuentro manera de decirla: —¡Sultana, vámonos al altar una mañana! por si acaso, una vez unido a ella, me encuentro con que *fué*, mas no es [doncella.

En cambio, hay cierta viuda apetitosa —que por cierto fué esposa de un amigo llorado que en el Este hace un año está *hospedado*— la cual, confieso, se halla todavía para unirse con ella cualquier día.

Declaro que la duda es cosa peliaguda y que muchos habrán de aconsejarme que debiera casarme con la soltera bella, aunque dude si es o no es doncella, pues la viuda, ya es cosa harto sabida que *ascendió* en el *servicio de la vida*.

Como eso es lo que a mí me vuelve [loco, tras de pensarlo un poco, contra el pensar de muchos que en el amor se consideran duchos, me caso con la viuda, pues... ¡me evito el tormento de la duda!

FIDEL PRADO



—Mi marqués me ha prometido un "auto". Ahora, que yo prefiero un buen tronco.

Dib. de Picó.



## La nena y los géneros

La chiquilla, como si no le bastara ser una magnífica promesa femenina, quería "nutrir su intelecto". Fué una idea inicial del padre, que aceptó la madre y que la nena acogió con jubiloso orgullo. Total: que la pusieron a estudiar el bachillerato. Esto fué el año pasado.

De entonces a la fecha la nena no ha aprendido gran cosa de lo que decían los textos oficiales, pero en cambio ha crecido y se ha "delimitado" de una forma que produce mareos. Son catorce años bien llevados, muy bien llevados, y que, en cambio, tienen muy mal traídos a todos los jovencitos que estudian el quinto. A la hora presente es una nena de las que oponen un rotundo mentís a eso de que se depauperiza la raza. Alta, esbelta, maciza, con la piel tirante de la adolescencia, en la que hay

brillos de seda, tonos mates y suavidades enloquecedoras; bien plantada, bien erguida, con un aire descarado en el pecho altanero—¡si le diera a uno un aire de esos!—y con una boca y unos ojos en los que hay deseos y sospechas atroces. En fin: una uva al coñac.

Una chiquilla, tan suculentamente dotada por la Divina Providencia y con catorce años, no más, lo que le asegura el disfrute de las sucesivas perfecciones—adolescencia cuajada, vamos al decir; juventud; segunda juventud; madurez, y abundancias y refinamientos otoñales—no debía tener motivos más que para estar muy contenta de haber venido a este mundo a ser imagen viva, fragante y dislocante de lo que puede conseguirse con una experiencia milenaria en la fabricación de criaturas, unida a la sabiduría y a los medios que desde el primer momento acompañaron en su tarea al Creador. Sin embargo, la pobre andaba triste, inquieta y ojerosa porque tenía que examinarse. Pasaba los días con los libros entre los codos y las noches fatigando sus ojos—¡qué crimen!—para darle vueltas al gerun-

dio y a la Melanesia. ¡Y a esto le llaman civilización!

Llegó la hora del examen. La nena acudió ante el sesudo tribunal toda temblorosa y agitada. Los excelentes y austeros profesores la miraron afectuosamente, como es natural, porque siempre les inspira la infancia y la juventud una gran simpatía, no por otra cosa.

No muy lejos de la chiquilla se situó un primo suyo, de alguna más edad y que ha tomado la tarea de ir enseñando lo que puede a su primita. Se acomodó allí para apuntarle en caso de apuro.

El profesor de Gramática empezó, grave, pero paternal, el interrogatorio:

—Vamos a ver, señorita: ¿usted sabrá cuántos son los géneros?

La nena, con voz insegura, contestó:

—Los géneros, los géneros son seis: masculino, femenino, neutro, común, epiceno, epiceno... epi... y ambiguo.

—Muy bien, muy bien—aprobó cariñoso el profesor—. Vamos a ver: ¿Su nombre es Luisa, verdad? Luisita, ¿a qué género pertenece ese nombre?

Ella con aire triunfal contestó:

—Al femenino, porque es nombre de mujer.

—Muy bien dicho. Luego, son femeninos los nombres de... Diga usted.

—Los de mujer, animales hembras, oficios de mujer...

—Muy bien. Y son masculinos los de hombre...

—... animales machos, oficios de varón...

—¿A qué género pertenece el nombre de Juan?

—Al masculino porque...

—¿Y cabrito?

—También al masculino.

—¿Por qué?

La nena titubea; el primo le dice unas palabras confusas, y, al fin, ella contesta muy decidida:

—Porque es oficio de varón.

VENEGAS.



—¡Dios mío! ¡Y que una mujer como yo tenga que pedírselo a San Antonio!

Dib. de Enciso.

Biblioteca Regional de Madrid

El gran artista Walken ha ofrecido hacer cuanto haga falta para nivelar este trastorno de la pulmonía de nuestro Demetrio.

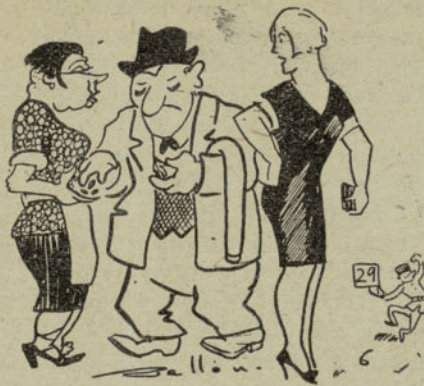


# Grafología moderna

OCHOA.—Calatayud. — Carácter violento; propensión a irritarse por lo más nimio; nervosidad exagerada; fuerzas hercúleas... Comprenderá usted que después de estas deducciones nos vemos en la absoluta precisión de abstenernos de decirle lo que opinamos sinceramente de usted.

ISABELITA.—Madrid. — Nuestro diagnóstico es de una solidez de automóvil "Ford". Si tiene usted una línea personal siquiera similar a la línea caligráfica, haga el favor de enviarnos sus señas para planear un asalto con todas las agravantes del Código penal. ¡Soy tía fastuosa!

SÓCRATES.—Deducimos que tiene usted las grandes condiciones para autor cómico. Ese soneto triste que nos ha enviado es de una hilaridad que atropella. Conque siga usted por ese camino y aprenda usted un poco a manejar la h con más soltura. Usted llegará donde han llegado muchos burros.



—¿A que adivino que ahora tomaríais algo fresquito?

—Te equivocas, porque es todo lo contrario.

Dib. de Bellón.

LULÚ.—Cádiz. — ¡Qué lástima que el censor no nos permita decirle, ni en latín, la deducción que hemos sacado de usted por el estudio de su misiva! No obstante, si tiene usted mucho empeño en saberlo haremos un sorteo entre nosotros para mandarle un redactor que se lo diga en la intimidad.

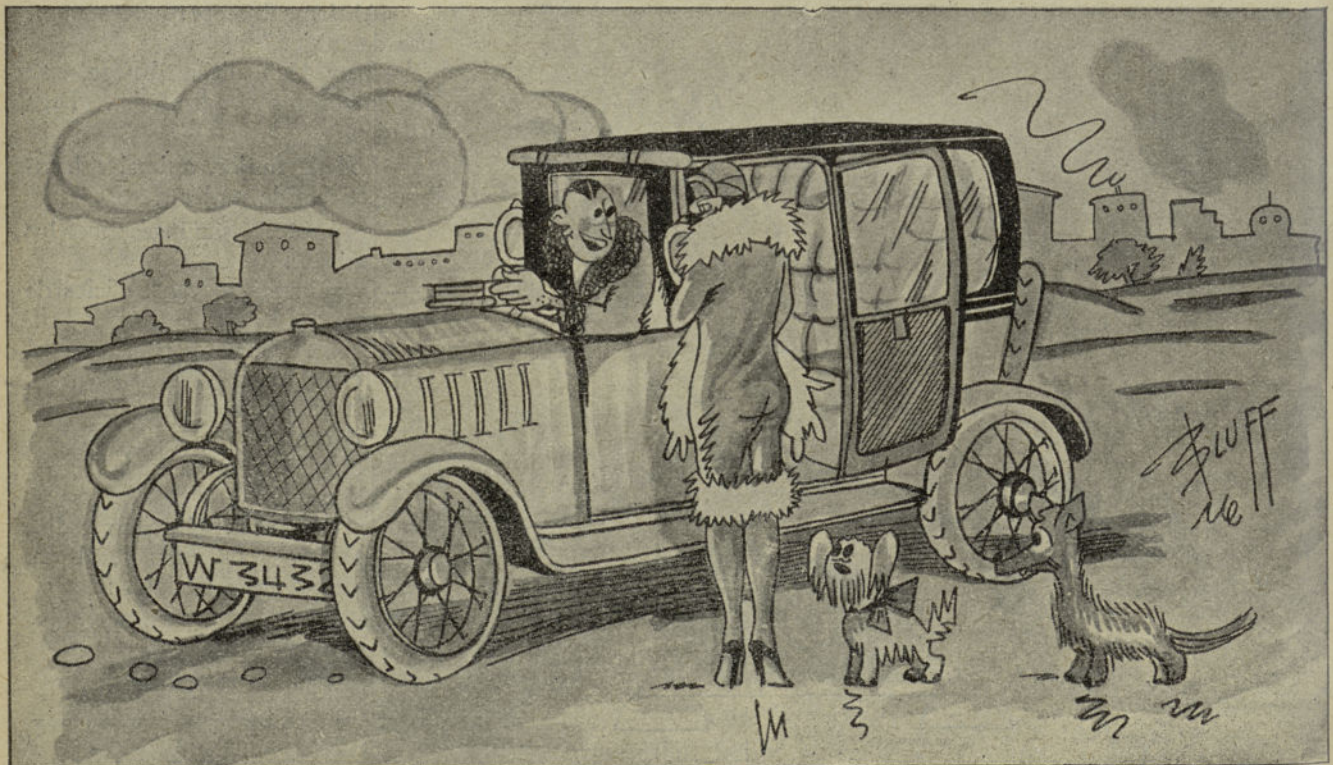
MARICHU.—Vallecas. — Señorita, nos ofende usted dudando de nuestra habilidad para sacar por el examen de su escrito su tempera-

mento. Si estuviésemos en el caso contrario, nosotros no dudáramos de la suya para sacarlo sin equivocarse.

PEPITA.—Ronda. — Admirado retoño femenino: A nosotros nos es relativamente asequible averiguar por los rasgos de su escritura si tiene usted un temperamento hosco o si se goza usted un carácter franco y abierto; pero nuestra habilidad no llega hasta el extremo de averiguar si le será fácil encontrar un novio que, tal y como están los tiempos, tenga lo suficiente para hacerla a usted feliz... Además, ¡que cualquiera adivina lo que usted necesita para su uso!...

LUISITA.—Madrid. — Sí, monada; estamos conformes con el total de su misiva. Usted se conoce bien. Todos los defectos que usted misma se achaca son los que a nosotros nos revela su caligrafía (y su ortografía). En lo único que no estamos conformes es en tachar de defecto el que le gusten a usted todos. A mí me dice usted que le gusto, y no lo considero un defecto; al revés...

EL DOCTOR VORONOFF CHICO.

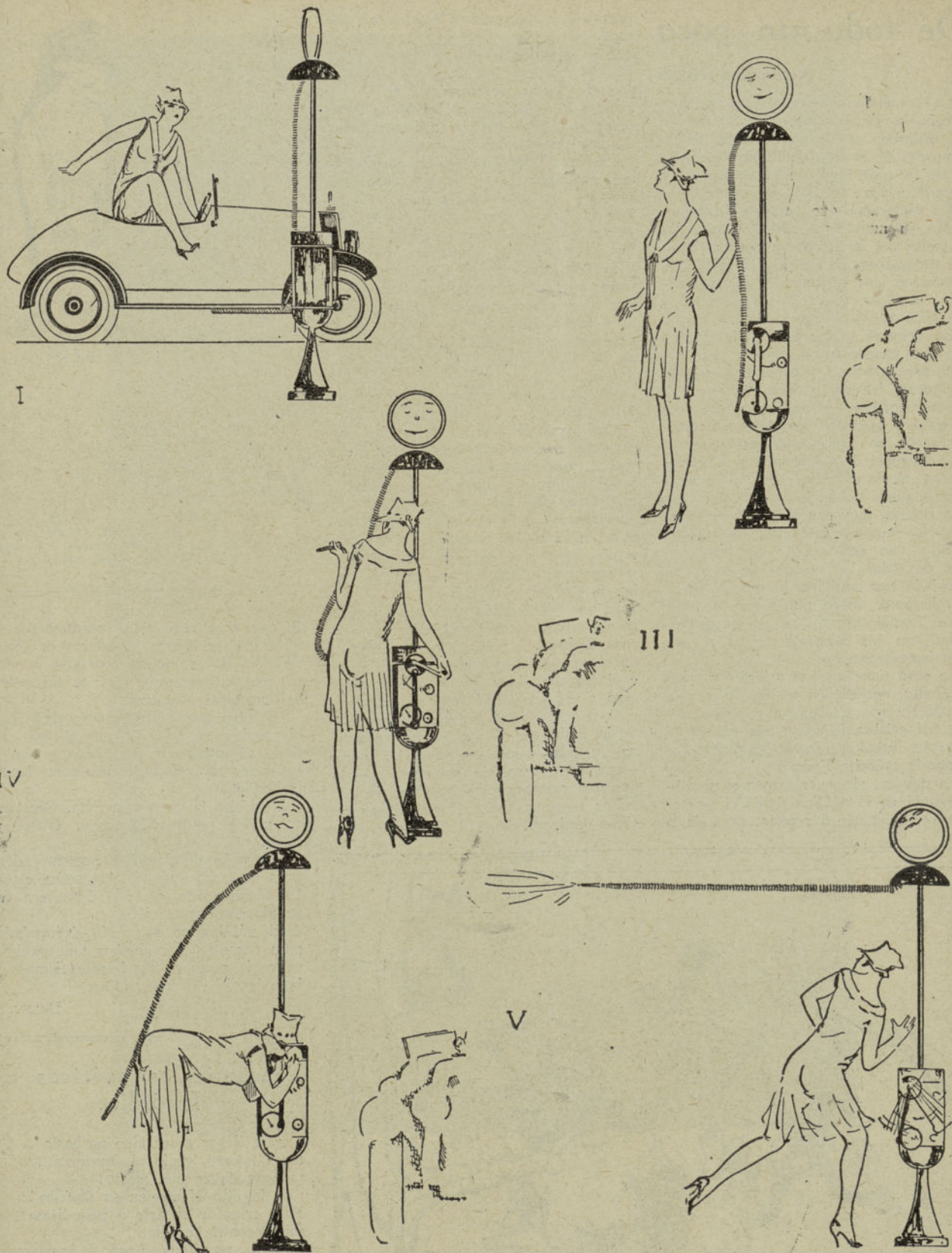


## REFLEXIONES

El perro golfo.—Verdaderamente, envidiamos a estos perros, y más bien son dignos de lástima. ¡Cuánto los harán trabajar estas mujeres, que todos están chatos!

Dib. de Bluff.





HERREROS  
26

UNA SEÑORA DE UNA VEZ, por Ferrer.

I: Todos son hoy contratiempos; ahora el "auto" sin esencia; menos mal que soy invencible—decía la condesita de Monte Acaracoladito.—II: Ahora tampoco está el hombre que sirve este puesto.—III: ¡Si yo pudiera hacer funcionar esto! Yo creo que seré capaz.—IV: Llevo ya un cuarto de hora... ¡y nada! Y lo grande es que a mí no hay cosa que se me resista... V: ... ¡¡ni ésta tampoco!!



## De todo un poco

### Actualidad frívola

La actualidad frívola de la saliente semana la ha absorbido la inauguración de Eldorado y la presentación de la compañía de *sketchs* de Romea, al frente de la cual figura el veterano actor Pepe Moncayo.

En Eldorado, que empieza brillantemente su nueva era artística bajo los auspicios del inteligente y popular hombre de teatros D. Felipe Fernández, se estrenaron dos obritas del género frívolo, tituladas *Una chica para todo* y *Un buen regalo*.

La primera es un boceto de vodevil picaresco basado en un *quid pro quo* ilógico, pero gracioso, y como el libro está hábilmente trazado y tiene situaciones y chistes oportunos, el público rió de buena gana y aplaudió complacido, haciendo repetir un intencionado cuplé que la Srta. Carmen de Granada dijo y subrayó con mucha picardía y muy poca ropa.

La segunda es un apropósito, derivado a la revista, muy superior a la primera. Aquí los autores del libro, con mucho ingenio, han sabido huir del vicio común de todas las revistas de sacar un embolado que anticipe lo que se va a ver, haciendo luego mutis por el foro, y han fundido a tono los personajes centrales con los números de la revista muy ingeniosamente.

La obra tiene muchos aciertos y cosas originales, entre ellos un cuadro—parodia de Pierrot, Colombina y Arlequín—que fué celebradísimo, y una caricatura de *as* del fútbol encarnada estupendamente por la señorita Fontalba.

La música, alegre, retonzona y pegadiza, entró en el público desde el primer número, obligando a repetir casi toda la

partitura y llamando al final a los autores.

Son éstos los señores Bellido y Lereña, del libro, y los maestros Torcal y Bertrán Reyna, de la música.

Para los cuatro hubo sendas y merecidas ovaciones por su acertada labor, digna de todo elogio.

De la interpretación destaquemos en primer lugar la Srta. Fontalba, que promete una gran tiple cómica, y el señor Calvo, excelente actor cómico, sobrio, ajustado, sin retorcimientos y con una vis cómica de pura ley; muy bien y apetitosa, la señorita Carmen de Granada, así como la Srta. Castillo y el señor Corcuera, que es un gracioso actor. Las chicas del conjunto, para hacer un conjunto y comérselas. El vestuario, digno del Sr. Cornejo, y el decorado, muy a tono.

En fin, lo que se dice, en suma, una feliz jornada.

En Romea, el público se mostró muy otro con motivo de la presentación de la nueva compañía, a la que no hay que poner ningún pero, pues es superior a lo que esta clase de obras reclama. Sin embargo, el auditorio, que ya va a Romea en el mismo plan que si fuera a Apolo, no se mostró todo lo risueño que se esperaba, quizá porque encontrase pobre lo que se le ofrecía.

El apropósito *Señoras... a votar* (que, si no estamos equivocados, es una escena hinchada de cierta obra estrenada ha tiempo en Novedades, está discreto, y el titulado *Adán Nieva*, que recuerda algo a *El terrible Pérez*, es muy movido y desde luego superior al primero.

Sin embargo, el público no aplaudió en justicia como merecían las obras—que son obras sin pretensiones—, y nosotros creemos adivinar el motivo.

Los esquemas para Romea deben ser obras eminentemente líricas—que es a



JUSTO ENOJO, por Picó.

—Mi canelito con la doncella. ¡Y luego hablan de la fidelidad de los perros!...

lo que el público está acostumbrado—, para que se luzcan las chicas del conjunto. Todo lo que sea apartarse de ello es contraproducente, pues se les priva del principal incentivo.

Estudien esto los autores y sigan por el camino antiguo, aunque al dar entrada al músico en los libros *priven* a todos los que cobran de una parte harto insignificante.

Muy bien la guapísima Srta. Constanzo y los señores Moncayo, Ornat y Lepe.

Como fin de fiesta se presentó, después de larga ausencia, la castiza estrella Carmen Flores, cuyo debut era esperado con expectación.

El público no se sintió defraudado, pues encontró a la Flores tan graciosa y bravía como en sus buenos tiempos y la aplaudió con entusiasmo.

DELFI.

## Pensamientos poéticos de Incórdiez

Para llegar a ser algo no basta tener talento, genio ni inventiva...

¡El mundo es una plasta!

¡Ya lo dijo Nerón en su diatriba!:

Para triunfar en arte o periodismo sobra con la osadía...

Lo dijo... no sé quien; pero es lo mismo...

Si nadie lo escribió, lo pensaría.

Por eso cuando paso por la puerta de un puesto de pescado

y miro la pupila, siempre alerta,

de un besugo dorado,

una duda me asalta y me desvela,

y saludo al besugo con respeto,

no haga el diablo que sea el tal sujeto

¡el autor de la última novela!...



Cómo quedarían los monos si triunfara el método Voronoff.

Dib. de Bellón.

Biblioteca Regional de Madrid





**Album de belleza** Fay Lauphler, conocida artista de la Paramount, que caracteriza la protagonista de «La Venus americana». Yo no sé a punto fijo lo que quiere decir con una mano en alto y la otra a la altura de una silla. Como quiera decir que a ella no le gustan los hombres así de altos y que se parece por los *incordianos*, salgo esta misma tarde para Nueva York, y en cuanto encuentre a Fay, la beso en donde la alcance. Vuestro hasta la vulcanización,

INCORDIEZ





ALBUM DE BELLEZA Artistas españolas vistas por WALKEN  
CARMEN CHINCHILLA

¡¡ Diecisiete años!! ¡ Diecisiete años y madrileña, y con esa cara, y con esas columnas, con las que se puede hacer el más bello "Arco del Triunfo"... Mira, Carmencita: permíteme que me muera un ratito por ti, y ahora vengo. Te besa los tacones. INCORDIEZ.